TEATRO CONTEMPORÁNEO.

LA MUERTE DE CLEOPATRA,

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

J. M. M.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

LA MUERTE DE CLEOPATRA.

LA MUERTE DE CLEOPATRA,

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Representada por primera vez en el teatro del Circo de Paul el dia 8 de Junio de 1868.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18
1868.

PERSONAJES.		ACTORES.
JULIA	D.ª	Manuela Moral.
LUISA		Emilia Martinez.
DON COSME	D.	Cipriano Martinez.
EDUARDO		Miguel Diaz.
CÁRLOS		Virgilio Zaragozano.
UN CRIADO		Enrique Maroli.

AL DISTINGUIDO ACTOR

DON DOMINGO GARCIA.

Soy deudor á V. de muchos aplausos ganados en la representacion de mis obras. Á buena cuenta de esas deudas, le ruego acepte la dedicatoria de este juguete, que no dudo le dará ocasion de ostentar una vez más su talento artístico. Acéptelo V. y no dude del aprecio de su afectísimo amigo

E. Zamora.

ACTO ÚNICO.

Sala lujosamente amueblada. Puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, LUISA, D. COSME, tomando té.

COSME. Vamos, Luisa, tengo que salir. (Luisa sirve té á D. Cosme.)

LUISA. Tan pronto?

JULIA. Aún no es hora de Bolsa.

COSME. Yo no voy á la Bolsa; la Bolsa es la que viene aquí.

LUISA. Es verdad. Todos los dias, desde las once hasta las tres, parece que hay en casa jubileo.

COSME. Sí; son corredores, agentes de negocios...

JULIA. Por cierto, que los tratas de un modo...

COSME. Cómo he de tratarlos?

LUISA. Y hay entre ellos algunos muy simpáticos...

JULIA. Algunas veces les despides sin dignarte mirar siquiera la cotizacion que te presentan, y les hablas con tal altanería, que no parece si no que esos jóvenes no pueden tener un corazon altivo y noble.

COSME. Bah! Bah! Ya empiezas con tus palabras huecas y tus sentimientos exagerados.

JULIA. Yo habia nacido con un alma melancólica y tierna... y

el hombre que yo hubiera elegido para atravesar con él el desierto de la vida...

COSME. Ya pareció el desierto de la vida.

JULIA. Hubiera sido un hombre sencillo y desinteresado.

COSME. Pues no debias haberte casado con un banquero.

JULIA. Mi alma necesitaba un alma caballeresca y tierna.

COSME. Pues no debias haberte casado con un banquero.

JULIA. Yo queria un compañero sensible, amable é idealista...

COSME. Pues no debias haberte casado con un banquero... Vaya, esposa mia, abandona esas ilusiones, y déjame pensar en la Bolsa, donde hoy seré cotizado.

LUISA. Tú, papá?

JULIA. Tú?... Entónces tú no eres un hombre, sino un billete hipotecario...

COSME. No tanto... Cuando digo que hoy seré cotizado, hablo de la importancia que voy á tener... Ah! todos los banqueros se van á morir de envidia... ¡qué triunfo! qué dicha para mí y para vosotras!...

JULIA. Á eso le llamas dicha?

COSME. Un negocio magnífico!

JULIA. Qué, te producirá mucho dinero?

COSME. Y el dinero es la felicidad.

JULIA. Qué profanacion!

COSME. Mucha profanacion... Hablar de dinero es una profanacion; gastarlo ya es otra cosa. Luisa, ponme otra taza de té.

CRIADO. (Anunciando desde la puerta del foro.) El señor don Eduardo Contreras.

ESCENA II.

DICHOS, EDUARDO.

EDUAR. Buenos dias, Cosme... Á los piés de ustedes.

COSME. Buenos dias, Eduardo.

EDUAR. Están ustedes tomando té? Así empiezan todas las comedias cuando los autores no saben cómo empezar.

COSME. Vas á hablarnos ahora de comedias, tú, un hombre formal, un abogado?

EDUAR. Qué quieres?... Yo sueño con la literatura... La Providencia ha sido conmigo inflexible y me ha hecho abogado.

COSME. Lo cual no te impide á pesar de tu edad madura, estar siempre pensando en el teatro... Eres un abogado dramático.

EDUAR. Ya sabes que en mi juventud me dedicaba con igual ardor al estudio de las leyes y al culto de las musas, y si hoy no soy un autor dramático, consiste en que casi al mismo tiempo gané mi primer pleito y ví silbar mi primera comedia.

LUISA. Qué lástima!

EDUAR. Gracias. Pero tú que tanto te burlas de mi aficion, tuviste tambien tus pretensiones.

JULIA. Cómo! Es cierto?

EDUAR. Recuerdo que llegaste á escribir una tragedia...

COSME. Detestable.

EDUAR. No tanto.

LUISA. Yo quisiera leerla.

COSME. Es imposible. Presenté el manuscrito á la empresa del teatro del Príncipe, y en treinta años no ha tenido tiempo de contestarme si la admitia, ni yo me he vuelto á acordar de semejante cosa.

EDUAR. Á poco te dedicaste á los negocios; hoy posees algunos millones; eres banquero; tu mujer es *banquera*; tu hija se casará con un banquero; tú te fastidias; tu mujer se fastidia, y tu hija se fastidiará.

COSME. Eso no es cierto; no lo creas, Luisa; tú brillarás en el mundo; vivirás rodeada de homenajes; serás festejada, adulada, adorada... y esto te divertirá mucho.

EDUAR. (Bajo.) Y su marido tambien.

COSME. Venias á almorzar con nosotros?

EDUAR. No; venia á proponerte un marido para Luisa.

COSME. Un marido escogido por tí? Cuál es su profesion?

EDUAR. Literato.

COSME. Literato?

EDUAR. Tiene un tio millonario que da un millon de dote á su hija: él, se casa con ella, y tiene cincuenta mil reales de renta.

COSME. Vienes otra vez á hablarme de mi sobrino Cárlos? Ya te he dicho que no daré mi hija sino á quien tenga una profesion.

EDUAR. Él tiene su profesion; es escritor.

COSME. Ser escritor no es una profesion, sino un vicio.

CRIADO. (Anunciando.) Don Cárlos Mendoza.

COSME. Mi sobrino! (Al Criado.) Que pase adelante. (Váse el Criado.) Idos vosotras. (Á Julia y Luisa.)

LUISA. Papá, ten presente que yo no tengo ambicion, ninguna ambicion. (Vánse Julia y Luisa.)

EDUAR. Oyes?

COSME. Bah! Yo la tendré por ella.

ESCENA III.

DICHOS, CÁRLOS.

CARLOS. Buenos dias, tio; estorbo?

COSME. Antes al contrario. No podias llegar más á tiempo: de tí estábamos hablando.

CARLOS. De mí?

EDUAR. Sí; yo preguntaba á tu tio, qué tanto amaba á tu padre, qué es lo que piensa hacer para asegurar tu porvenir.

COSME. Y mi contestacion era que te admito en mis oficinas, donde te daré doce mil reales anuales, y no tendrás nada que hacer.

EDUAR. Nada qué hacer?

CARLOS. Eso me permitirá escribir para el teatro.

COSME. Sí, pero en cuanto escribas una comedia pierdes el destino.

EDUAR. Pero le queda el sueldo.

COSME. No le queda nada.

CARLOS. De modo que usted exige?...

COSME. Exijo que te cures.

CARLOS. Si yo estoy muy bueno.

COSME. Te engañas, estás atacado de esa enfermedad epidémica en todos los jóvenes que salen del colegio. Cada edad tiene su enfermedad; á los seis años se tiene la tos ferina, á los doce el sarampion y á los veinte la poesía... tú tienes la poesía.

CARLOS. Tio, tiene usted un odio mortal á la literatura.

COSME. No; yo voy con frecuencia al teatro, y aún iria más, si no se permitiera á los autores hablar de todo sin ningun respeto; de los banqueros, de la Bolsa...

EDUAR. La verdad es que hace algunos dias, ví yo una comedia en que se decian chistes muy fuertes contra nosotros. Debia prohibirse hablar de los abogados...

COSME. Y de los agentes de cambio.

EDUAR. Y de los actos respetables y sagrados, como el matrimonio...

COSME. Y sus consecuencias.

CARLOS. Mejor es decir que no se debia hablar de nada: decididamente, si usted no odia al teatro, detesta cordialmente á los escritores.

COSME. Sí, los detesto, y los declaro malévolos y perjudiciales. Hacen la oposicion á propósito de todo. Cuando se hace la guerra, gritan, viva la paz! y cuando se hace la paz, viva la guerra! Si se derriba un edificio, se convierten en sabios arqueólogos y deploran la desaparicion de un monumento que no servia más que para afear una calle. Otros afectan desdeñar la fortuna; escriben toda clase de frases contra el miserable dinero, lo llenan de desprecios, de injurias, de maldiciones, y sin embargo, no escriben de balde.

EDUAR. En eso tienes razon.

CARLOS. Pero usted ántes...

COSME. Tenia la cabeza llena de viento, sí. Yo tambien he pecado en mi juventud... á los veinte años cometí una tragedia.

Carlos. Una tragedia?

Eduar. En cinco actos y en verso... Yo fuí su copista... Se llamaba *La muerte de Cleopatra.*

Carlos. *La muerte de Cleopatra*?

Cosme. Sí, entónces me parecia sublime; hoy no recuerdo más que algunos versos que me parecen detestables... Escucha:

El honor, el poder, la paz del alma,
son dichas que los dioses en la tierra
no dan á los mortales sino en premio
de una heróica virtud á toda prueba.

Creo que en cuanto á malos no hay mucho que pedir á estos versos.

Carlos. (Hizo bien mi tio en hacerse banquero.)

Cosme. Escribí mi obra en mil ochocientos treinta y ocho. La presenté á la empresa del teatro del Príncipe, y en sus archivos duerme desde entónces y dormirá eternamente, si no se le ha ocurrido á nadie quemarla. Durante estos treinta años, yo he tomado heróicamente mi resolucion y he hecho mi fortuna. Imítame, Cárlos. Te doy ocho dias para reflexionar. (Mirando el reló.) Son las doce; voy á despedirme de mi mujer y de mi hija porque tengo que ir al ministerio... Ea, muchacho, aprovéchate de mi experiencia.. Cree que no basta tener talento para hacer fortuna, y que basta hacer fortuna para tener talento. (Váse.)

ESCENA IV.

CÁRLOS y EDUARDO.

Carlos. Ha escrito *La muerte de Cleopatra* como yo?... Qué casualidad!

Eduar. No tanta casualidad como piensas.

Carlos. Cómo?

Eduar. Tú querias escribir una tragedia y yo te aconsejé que escribieras esa... que á estas horas se encuentra en el teatro del Príncipe con la de tu tio.

CARLOS. Mi tragedia está en el teatro del Príncipe?

EDUAR. Sí, tú me la diste para que la leyera; yo la encontré muy notable, y valiéndome de mis relaciones, la presenté á la empresa, porque tengo una idea de que pienso servirme para arreglar tus negocios... He sido muy amigo de tu padre, y no es extraño que me interese por tí.

CARLOS. Gracias. Y puedo saber cuál es esa idea?

EDUAR. Al copiar tu tragedia, he intercalado en ella algunos versos de la de tu tio, entre ellos los que te ha recitado ántes.

CARLOS. Pero, amigo mio, si son detestables.

EDUAR. Los tuyos los harán pasar, y reconociendo los suyos, creerá reconocerlos todos, porque me he propuesto hacerle creer que es el autor de tu obra.

CARLOS. Pero qué se propone usted?

EDUAR. Ya lo verás. Conozco tambien algunos periodistas, y les he hecho anunciar el resultado de la lectura de tu tragedia, cambiando la fecha de su presentacion.

CARLOS. ¿Dice usted que mi tragedia ha sido leida?

EDUAR. Sí, hombre. (Saca un periódico del bolsillo.)

CARLOS. Y admitida?

EDUAR. No te lo he dicho?

CARLOS. No.

EDUAR. Calla.

ESCENA V.

DICHOS, D. COSME.

COSME. Aún estais aquí?

EDUAR. (Como distraido por la lectura del periódico.) Sí... sí... calle! ¿qué es lo que veo?

COSME. Pues hasta luego. Cárlos, piensa en lo que te he dicho.

EDUAR. Es singular... Aguarda, Cosme.

COSME. Qué quieres?

EDUAR. Apenas puedo creer lo que estoy leyendo... Toma, lee tú mismo. (Le da el periódico.)

COSME. De qué se trata?

EDUAR. Aquí. (Señalándole.)

COSME. Veamos. (Lee.) «Descubrimiento literario.» Bah... bah...

EDUAR. Sigue.

COSME. (Leyendo.) «Una casualidad acaba de enriquecer á la li»teratura nacional con una nueva joya. Registrando el »empresario del teatro del Príncipe el archivo de dicho »teatro, se encontró una tragedia entregada en febrero »de mil ochocientos treinta y ocho.» Cómo? En esa fecha entregué yo mi obra...

EDUAR. (Bajo á Cárlos.) (Ahí tienes el cambio de fecha.)

CARLOS. (Id.) (Se trata, pues, de mi obra?)

EDUAR. (Sí.)

COSME. (Leyendo.) «Esta tragadia, titulada: *La muerte de Cleopa»tra*...» Pero esta es la mia.

CARLOS. (La mia.)

EDUAR. (Bajo á Cárlos.) (La tuya.)

CARLOS. Siga usted leyendo...

COSME. «Fué leida por el empresario, que subyugado por las »muchas bellezas...» (Declamando cada vez con más agitacion) Subyugado por las muchas bellezas... Ah! qué emocion!...

CARLOS. (Con interés.) Siga usted, tio, siga usted...

COSME. Gracias, hijo mio; gracias por el interés que te inspiro... (Leyendo.) «Subyugado por las muchas bellezas »contenidas en la obra, reunió hace algunos dias á »nuestros primeros escritores, y allí la leyó solemne»mente.»

CARLOS. *La muerte de Cleopátra* se ha leido á nuestros primeros escritores?

COSME. Sí, hijo mio, sí... (Enjugándose el sudor.) se ha leido... se ha leido... (Leyendo.) «Tan respetable comité aprobó la »tragedia por unanimidad.»

CARLOS. (Con entusiasmo.) Por unanimidad?

COSME. (Leyendo.) «Y en medio del ma... yor... en... tu... »sias... mo...»

CARLOS. Del mayor entusiasmo! (Cae en un sillon.)

COSME. Del mayor entusiasmo! (Cae en otro sillon, sin poder hablar.)

EDUAR. (Tomando el periódico de mano de D. Cosme, y leyendo.) «Esta »tragedia se ha puesto en ensayo en aquel teatro.»

CARLOS. (Levantándose.) En ensayo?

COSME. (Id.) En el teatro del Príncipe?

EDUAR. (Leyendo.) «Y se suplica al autor que se presente para »dirigirla.»

CARLOS. Voy...

EDUAR. (Deteniéndole por el brazo.) Detente.

COSME. Voy al momento.

EDUAR. Pero...

COSME. Yo, yo he hecho una obra maestra...

EDUAR. Un momento...

COSME. No, déjame.

EDUAR. Pero no tenias que ir al ministerio?

COSME. Iré mañana; otro dia.

EDUAR. Y tu concesion de camino de hierro?

COSME. Ya me ocuparé de ella... más tarde... Yo necesito persuadirme de que todo esto es verdad... Pero entre tanto, no digais una palabra á mi mujer.

CARLOS. Se lo prometo á usted, tio.

EDUAR. Y yo...

COSME. Es extraño... Mi sangre hierve; mi corazon late con violencia, y me siento rejuvenecido.

JULIA. (Apareciendo en la puerta de la derecha.) (Qué tiene mi marido?)

COSME. Qué emocion!... Mi Cleopatra...

JULIA. (Quién es esa Cleopatra?)

COSME. Tú que fuiste la primera que hizo palpitar mi corazon...

JULIA. (Qué escucho?)

COSME. Mi hija! hija cuya paternidad nadie puede disputarme.

JULIA. (Una hija!)

COSME. Voy á verla. (Váse corriendo.)

JULIA. (Me engañaba! Infame!) (Entra en escena, pero nadie repara en ella.)

EDUAR. Cosme! Cosme!... No quiero dejarle ir solo. (Váse.)

ESCENA VI.

JULIA, LUISA, CÁRLOS.

LUISA. (Entrando por la izquierda.) Mamá...
CARLOS. Luisa...
JULIA. (Mi hija... Que no sepa nunca este horrible misterio...) Hija mia!... (Abrazándola.)
LUISA. Qué tienes, mamá?...
JULIA. Nada... no tengo nada... Buenos dias, Cárlos.
CARLOS. Tia mia, prima...
LUISA. Parece que estás muy contento, Cárlos.
CARLOS. Sí, en efecto; estoy que no sé lo que me pasa.
LUISA. Has visto á papá?
CARLOS. Sí, prima mia, le he visto.
LUISA. Y te has puesto de acuerdo con él?
CARLOS Aún no del todo; pero creo que acabaremos por entendernos.
JULIA. Ya consientes en abandonar la literatura?
CARLOS. De ningun modo; pero espero que mi tio no sea siempre tan inflexible.
LUISA. Yo temo que no ceda.
CARLOS. Contreras y yo esperamos hacerle variar de opinion.
JULIA. (Ya comprendo... Saben su secreto, y piensan valerse de él para obtener su consentimiento.) ¿Tú crees tener un medio de vencer la obstinacion de tu tio?
CARLOS. Sí, señora.
JULIA. Y ese medio?
CARLOS. Perdone usted, tia.
JULIA. Es algun misterio?
CARLOS. Es un secreto que hemos ofrecido no revelar á usted.
JULIA. (No hay duda. He comprendido bien.) Pues bien... Es necesario que cumplais vuestra palabra...
LUISA. Nosotras no somos curiosas, y con tal de que tú logres...

CARLOS. Y si yo logro vencer á mi tio, me será usted contraria, tia?

JULIA. Yo?

LUISA. Sí, mamá. ¿Crees tú que es necesario casarse con un banquero para ser feliz?

JULIA. No, hija mia, no creo tal cosa. (La abraza.) Al lujo que me rodea, á la riqueza que todos me envidian, á nuestro suntuoso palacio, hubiera preferido una morada modesta; la pobre habitacion de un poeta con tres ó cuatro mil duros de renta... todo lo más.

CARLOS. Es una friolera.

LUISA. Tú te contentarias con eso?

JULIA. Sí, hija mia; el dinero no es nada: el corazon lo es todo.

ESCENA VII.

DICHOS, D. COSME y EDUARDO.

COSME. La he visto, he llegado á tiempo de oir algunos trozos. He reconocido mi *Cleopatra*.

JULIA. Silencio, caballero. Calle usted, calle usted.

LUISA. Qué tiene papá?

COSME. Que me calle? Y por qué? Quiero gritar al mundo entero que es mia... mia.

JULIA. Desgraciado! (Bajo.) Vas á hablar delante de tu hija de esa *Cleopatra?*

COSME. Y por qué no? Estaban acabando (Á Cárlos.) el ensayo; yo he subido á la escena para verla y oirla.

JULIA. Ah! la niña es cómica?

EDUAR. Hemos llegado cuando recitaban los cuatro versos que te hemos dicho ántes.

COSME. Ah! mi *Cleopatra!*...

JULIA. Caballero, caballero, tenga usted más decoro.

COSME. Qué dices?

JULIA. Se atreve usted á hablar de esa señorita delante de mí, delante de Luisa?

COSME. De *Cleopatra?* de mi tragedia? Pues ya se ve que me atrevo.

JULIA. De su tra?... (Con asombro.)

LUISA. De su tragedia?

EDUAR. De su tragedia.

CARLOS. De su tragedia! (Con amargura.)

COSME. Sí, de una obra maestra que yo escribí hace tiempo, que entregué al teatro del Príncipe, cuyo mérito ha asombrado á los inteligentes, y que muy pronto se pondrá en escena... Y qué éxito!... qué triunfo! qué versos aquellos tan sublimes! Yo no podia creer que fueran mios: escuchaba el sonido de esos hijos de mi imaginacion, como un canto delicioso que se oye por primera vez; pero de cuando en cuando llegaba á mi oido un verso que despertaba mis recuerdos, y por aquel los reconocia á todos... Oh! yo me engañé acerca de mi verdadera vocacion; yo era un poeta, un gran poeta.

JULIA. Es posible? Con que yo soy la mujer de un poeta?

EDUAR. Sí, señora, sí.

COSME. Sí, Julia... oh! qué de gloria he sacrificado al vil metal! qué de laureles he dejado secar en el fondo de mi caja!

JULIA. Y cuántas coronas de mirto hubiera yo tejido para tí! Desde hace mucho tiempo conoces las nobles aspiraciones de mi alma. Ah! si tú supieras cómo se ahogaba mi corazon bajo el peso de los millones; pero ahora lo siento reanimarse con las flores de tu poesía.

COSME. Querida Julia!

JULIA. Querido Cosme! (Se abrazan.) Ah! Todo mi ser se transforma con tu gloria. Hija mia, inclínate delante de tu padre, que es un grande hombre, un gran poeta.

LUISA. Papá, habremos de dejar esta casa?

COSME. Para qué?

LUISA. Para irnos á vivir á una bohardilla, como dices tú que viven todos los poetas.

COSME. No digas tonterías.

JULIA. Tu padre cantará con lira de oro.

COSME. Y tú oirás mis versos, mis magníficos versos.

EDUAR. Por cierto que en tu tragedia habrá que cortar algunos.

COSME. Cortar?

EDUAR. Eso me ha dicho el empresario... Parece que tienes ideas algo subversivas...

COSME. Me opongo á que se quite ni una coma. Yo quiero libertad para el poeta.

LUISA. Veo papá que ser autor te parece bastante bien.

COSME. El poeta es un rey, hija mia.

LUISA. Y casarse con un rey (Mirando á Cárlos.) es muy lisonjero.

COSME. Entendámonos. Ser poeta es sublime cuando se tiene genio, (Mirando á Cárlos.) cuando no se tiene, la poesía es el último de los oficios.

CARLOS. (No puedo aguantar más. (Bajo á Eduardo.) Voy á decirle que esa tragedia es mia.

EDUAR. Para que vuelva á despreciar la poesía... Entónces todo lo has perdido...

CARLOS. No quiero sacrificarle mi gloria.

EDUAR. Yo me encargo de devolvértela con sus intereses.)

COSME. Qué estais hablando?

EDUAR. Le decia á Cárlos que se llevara á tu mujer y á tu hija, tengo que hablarte á solas.

COSME. Á mí?

EDUAR. Se trata de tu reputacion, de tu gloria.

COSME. De veras?

CARLOS. (Comprendo. Va usted á decirle... (Bajo á Eduardo.)

EDUAR. Nada. Es preciso que toda su vida se crea autor de la tragedia.

CARLOS. Entónces, cómo piensa usted devolverme?

EDUAR. Eso es cuenta mia. Déjanos.)

COSME. Vete, Julia; vete, Luisa.

JULIA. Adios, ilustre poeta. (Vánse Julia, Luisa y Cárlos.)

ESCENA VIII.

D. COSME y EDUARDO.

COSME. Verdaderamente es un gusto esto de verse admirado, aplaudido...

EDUAR. Escúchame, Cosme.

COSME. Dices que vas á hablarme de mi gloria?

EDUAR. Precisamente, de tu gloria. Sentémonos. (Se sientan.)

COSME. Ya te escucho.

EDUAR. Hablemos un poco de negocios, de tu ferro-carril.

COSME. Eh! Déjame en paz... (Levantándose.) No quiero oir hablar de ferro-carriles.

EDUAR. Piensa que en mi estudio está abierta la suscricion para tu nueva empresa, y es necesario que me oigas algunos minutos... (Se sientan.)

COSME. Ni siquiera uno... Hace treinta años que mi genio se agosta y languidece bajo el peso embrutecedor de los negocios.

EDUAR. Pero tu proyecto...

COSME. Mi proyecto? Ya no me acordaba de él.

EDUAR. Y sin embargo, vale tanto como la gloria de un poeta... Ser jefe de una sociedad importante; adquirir una reputacion de habilidad y de honradez bastante grande para que se le confien á uno inmensos capitales; hacerse la cabeza, el alma de una empresa, cuyo capital es de cien millones; dar nuevo impulso al comercio, á la industria, á la prosperidad de una provincia, es tambien muy glorioso.

COSME. Sí, sin duda; pero...

EDUAR. Pero tú abandonas por una quimera el sueño de toda tu vida.

COSME. Una quimera?... Llamas quimera á mi tragedia, á mi éxito, á mi triunfo? (Se levantan.)

EDUAR. Haz lo que quieras. Hazte literato á los cincuenta años; abandona, como ya lo haces, por aplausos retrospectivos, el honor sério y de actualidad que iba á coronar

tu vida; conságrate al teatro y verás la confianza alejarse poco á poco de tu casa, no por menosprecio á tu nueva profesion, sino por desconfianza de la instabilidad de tu carácter y de tus gustos. Dentro de ocho dias vendrán á mi estudio á anular las suscriciones, que no son aún más que condicionales, y que irán á casa de otro banquero que obtendrá la concesion.

COSME. Otro? No y mil veces no... Eso no será. Yo he puesto el negocio en muy buen estado para dejar que ahora se apodere de él un rival.

EDUAR. Y sabes lo que ha contestado el ministro á tu peticion?

COSME. Qué ha contestado?

EDUAR. Que si la suscricion abierta por tí, se cubre, no tiene inconveniente en darte la preferencia.

COSME. El ministro ha dicho eso?... Oh! eso es muy lisonjero, muy honorífico... y si la suscricion estuviera cubierta...

EDUAR. Lo está, amigo mio.

COSME. Es cierto?...

EDUAR. Sí; mi estudio está hace tres dias lleno de gente que viene á suscribirse. Dentro de poco excederá en quince ó veinte millones al capital presupuesto.

COSME. En veinte millones?... Pero ese es un gran triunfo.

EDUAR. Y no es eso todo. Esta mañana se negociaban con una prima las promesas de suscriciones...

COSME. Con una prima? con una prima? Yo voy á desmayarme... Qué gloria!

EDUAR. Tan grande por lo ménos como la que podrias ganar en el teatro...

COSME. No digo, pero...

EDUAR. Conténtate con la gloria de los negocios, y renuncia á la otra.

COSME. Ciertamente... pero si las dos pudieran conciliarse...

EDUAR. Es imposible.

COSME. Pero habré de renunciar por completo?... Tú no sabes lo que exiges de mí!... Es una hija querida que encuentro despues de treinta años, y que quieres arrancar de mis brazos.

EDUAR. Es preciso.

COSME. He de tener la crueldad de retirar la tragedia; la barbarie de privar de ella á mis semejantes?

EDUAR. No; tal vez haya un medio de arreglarlo todo.

COSME. Cuál? Habla pronto.

EDUAR. Se representará tu tragedia.

COSME. Se representará?

EDUAR. Y tú asistirás á su éxito; pero en todos los periódicos haremos insertar la siguiente gacetilla. (Saca un papel y lee.) «Al decir que la tragedia titulada *La muerte de Cleopatra* se habia presentado á la empresa del teatro del Príncipe en mil ochocientos treinta y ocho, incurrimos en un error involuntario. Esta magnífica obra se presentó hace pocos meses...»

COSME. Corriente.

EDUAR. «El autor, que por fin se ha dado á conocer, es el señor Mendoza.»

COSME. Bien; don Cosme Mendoza.

EDUAR. No; don Cárlos Mendoza.

COSME. Cárlos? Nunca, no... no quiero.

EDUAR. Es preciso, amigo mio.

COSME. No me he de despojar de mi propia gloria para dársela á otro.

EDUAR. Á tu sobrino.

COSME. En el Parnaso no hay sobrinos.

EDUAR. Pero cuando tú la oigas aplaudir, podrás decir para tí: «Es mia.» Y cuando llamen al autor, oirás proclamar tu apellido; y para mí, para tu mujer, para tu hija, para el mismo Cárlos, para todos los que te aman, serás el autor de la tragedia. Tendrás todas las emociones, todos los goces del poeta que triunfa, sin verte obligado á renunciar al fruto de treinta años de trabajo; serás para todos un gran capitalista, y ademas, para nosotros, un gran poeta.

COSME. Tal vez tengas razon... Pero, cómo llevará Cárlos ese nombre que voy á darle?

EDUAR. Tú le asegurarás una posicion independiente, le enri-

quecerás.

COSME. Enriquecerle?

EDUAR. El padre de *Cleopatra* no puede ser pobre.

COSME. No, ciertamente. . Pero ah! qué sacrificio me exiges... Renunciar á mi obra! Esta idea llena mi alma de luto..

EDUAR. Te comprendo, amigo mio; pero es necesario tener valor.

COSME. Lo tendré... Feliz Cárlos... te daré mi hija...

EDUAR. Por supuesto... tambien tu hija...

COSME. Mi hija *Cleopatra*, no la otra.

EDUAR. Qué mal habria en ello despues del éxito inmenso de la tragedia, que pasará por suya? Se admiraria la nobleza del carácter del banquero que honra al genio, dando á su sobrino una fortuna y la mano de su hija... Todos te llamarian Mecenas.

COSME. Pues aunque me llamaran Mealmuerzas... Bastante haré con darle una fortuna y la gloria; no quiero darle ademas mi hija.

EDUAR. (Eso ya lo veremos.)

COSME. Cúmplase el sacrificio. (Con énfasis.) Llama á mi sobrino. Llámalos á todos... Vas á ver que tengo el alma de un romano. ¿Qué digo de un romano?... De un griego ..

EDUAR. Cosme, tienes un gran corazon.

COSME. Así lo creo.

EDUAR. Venga usted, señora. Vengan ustedes todos. (Á la puerta lateral.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, JULIA, LUISA y CÁRLOS.

COSME. Acércate, Cárlos.

CARLOS. Aquí estoy, tio.

COSME. (Bajo á Eduardo.) (Y de esto voy á hacer un poeta! Si parece un pasante de tu estudio.

EDUAR. Déjate ahora de eso.

COSME. Qué facha! Qué aspecto tan prosáico! Nadie creerá que es suya la tragedia.

EDUAR. Lo sé... pero qué quieres?... Tú le formarás.)

CARLOS. Qué me quiere usted, tio?

COSME. Cárlos Mendoza, abdico en tu favor mi soberanía de poeta. Depongo sobre tu frente juvenil mi corona de laurel. Cárlos Mendoza, tú serás el padre de *Cleopatra*, tú firmarás mi tragedia.

CARLOS. De veras?

LUISA. Cómo! Cárlos?

JULIA. Él, Cosme?

COSME. Es un sacrificio que me impone mi posicion de banquero.

CARLOS. Tio, yo no sé si debo...

COSME. Aceptar? Pero desgraciado, *La muerte de Cleopatra* es la celebridad, es la inmortalidad. Tú firmas esa tragedia y te haces un grande hombre.

CARLOS. Pero, tio, la gloria no es la fortuna, y yo recuerdo sus máximas de usted.

COSME. Menguado! Yo le hablo de la gloria y él piensa en el dinero. Calle! Me parece que he hecho dos versos... Sí... *Yo le hablo de la gloria y él piensa en el dinero.* Justo. Hablo en verso sin saberlo... Calla, musa mia, calla.

EDUAR. Tienes razon, Cárlos, la gloria no te basta para vivir, pero tu tio se encarga de tu porvenir.

CARLOS. Mi tio?...

COSME. Sí, yo... (Habla en voz baja con su mujer.)

EDUAR. (Ahora un recurso de efecto. (Bajo á Cárlos.)

CARLOS. Un recurso?

EDUAR. Si, un recurso dramático, para que te dé la mano de su hija.

CARLOS. Comprendo.) (Alto.) Tio.

COSME. Qué?

CARLOS. Usted no puede enriquecerme sin despojar á su hija.

COSME. Qué es lo que dice?

CARLOS. Que no puedo aceptar.

COSME. Eh?

CARLOS. Yo quiero la mano de mi prima, pero su fortuna, nunca.

COSME. Cómo! Rehusas?

CARLOS. El honor me lo manda.

COSME. Sublime! heróico! magnánimo!... Hablas como un verdadero poeta. Cualquiera, al oirte, diria que mi tragedia es tuya! Todos los verdaderos poetas son así, pero yo quiero ser aún más gran poeta que tú.

CARLOS. Cómo?

COSME. Dándote mi fortuna y la mitad de mi hija. Digo, no; mi hija y la mitad de mi tragedia; no, tampoco; mi hija y la mitad de mi fortuna.

LUISA. Tú consientes, papá?

COSME. Sí... Vuestro padre bendice vuestra boda... otro verso, otro verso... Un endecasílabo...

JULIA. Es prodigioso.

COSME. Cárlos, no te inquietes por el porvenir. Trabajaremos juntos, y en todas tus obras yo te escribiré las escenas de compromiso...

CARLOS. (Pues este sí que es compromiso.)

COSME. Y sabes que con lo que aquí nos ha pasado hoy podria escribirse una comedia?

EDUAR. Ya está escrita, y se ha representado esta noche, con el título de *La muerte de Cleopatra.*

COSME. De veras? Y ha gustado?

JULIA. Voy á preguntarlo. (Dirigiéndose al público.)

COSME. (Deteniéndola.) Alto; eso no se pregunta nunca en prosa, y aquí nadie tiene el derecho de hablar en verso más que yo. (Al público.)

Mi familia está apurada
por saber el resultado
de la comedia acabada;
la señal de que ha gustado
debe ser una palmada.

(Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia (muy linda), no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 19 de Mayo de 1868.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

OBRAS DRAMATICAS

DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

EN UN ACTO.

Pobre importuno...
Un tenor, un gallego y un cesante.
Una comedia más.
No mateis al alcalde.
Me conviene esta mujer.
Don Ramon.
El sombrero de mi mujer. [1]
Por una bota.
El sastre del Campillo.
¡El rey ha muerto! ¡viva el rèy!
El laurel y la oliva.
La muerte de Cleopatra.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

La piedra de toque.
Marco Spada.
Un dia en el gran mundo.
La mejor joya, el honor.
Los pobres de Levita.
La última batalla.
Del enemigo el consejo.

1 Zarzuela con música de D. Salvador Ruiz.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra...........	Manzano.
Albacete........	Ruiz.
Alcoy..........	Martí.
Algeciras.......	Muro.
Alicante........	Gossart.
Almeria........	Alvarez.
Avila..........	Lopez.
Badajoz........	Coronado.
Barcelona......	Cerdá.
Idem...........	Gonart.
Bejar...........	Lopez Coron.
Bilbao..........	H. de Delmas.
Burgos.........	Rodriguez.
Cáceres.........	Jimenez.
Cádiz..........	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena......	Pedreño.
Castellon.......	J. Maria de Soto.
Ceuta..........	M. G. de la Torre.
Ciudad-Real.....	Acosta.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.
Córdoba........	Lozano.
Coruña.........	Lago.
Cuenca.........	Mariana.
Ecija...........	Giuli.
Ferrol..........	Taxonera.
Figueras.......	Viuda de Bosch.
Gerona.........	Dorca.
Gijon..........	Crespo y Cruz.
Granada........	Zamora.
Guadalajara.....	Oñana.
Habana.........	Charlain y Fernz.
Haro...........	Quintana.
Huelva.........	Osorno é hijo.
Huesca.........	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	J. Mestre.
Jaen...........	Idalgo.
Jerez..........	Alvarez.
Leon..........	Viuda de Miñon.
Lérida.........	Sol.
Logroño........	Brieba.
Lorca..........	Gomez.
Lucena.........	Cabeza.
Lugo...........	Viuda de Pujol.
Mahon.........	Vinent.
Málaga.........	Moya.
Mataró.........	Clavel.
Murcia.........	Hered. de Andrion
Orense.........	Perez.
Orihuela........	Martinez Alvarez.
Osuna..........	Montero.
Oviedo.........	Martinez.
Palencia........	Hijos de Gutierrez
Palma..........	Gelabert.
Pamplona.......	Rios.
Pontevedra......	Buceta Solla y compañia.
Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Reus...........	Prius.
Ronda..........	V.ª de Gutierrez.
Salamanca......	Huebra.
San Fernando...	Martinez.
Sanlúcar........	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander......	Hernandez.
Santiago........	Escribano.
San Sebastian...	Garralda.
Segorbe........	Gra. Campos.
Segovia.........	Salcedo.
Sevilla.........	Hijos de Fé.
Soria..........	Rioja.
Talavera........	Castro.
Tarragona......	Font.
Teruel.........	Baquedano.
Toledo.........	Hernandez.
Toro...........	Tejedor.
Valencia........	Carboneres.
Valladolid......	Nuevo.
Vigo...........	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria.........	A. Juan.
Ubeda.........	Perez.
Zamora........	Fuertes.
Zaragoza........	V. de Heredia.